

¡ Cuántos secretos poseerás tú sola
De esos que ocultos á la tumba pasan,
Y cuya historia para todos muerta
Nos desgarrara de dolor el alma !

¡ Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
Por brazo aleve que asestó á mansalva,
Como la cierva que al sentirse herida
Corre á los bosques á lamer su llaga,

Corro á ocultarme en el querido albergue
Donde mi esposa con mi hijo aguardan,
Y allí entre halagos en silencio arranco
La espina aguda que clavó la infamia !

Tú, que me escuchas los supremos ayes
Cuando la pena el corazón desgarrar,
Que sabes los secretos de mi vida,
Que oculta, triste y en silencio pasa ;

No me abandones en la tumba, amiga.
No quiero gloria. ¿ Para qué desearla?
El recuerdo sincero de los míos
Y tu sombra en mi huesa... ¡ eso me basta !



RUPERTO S. GÓMEZ

Nació en Bogotá el 13 de Mayo de 1837. Se educó en el Colegio de los jesuitas y en el del señor Francisco Ortiz Barrera. Desde los veinte años se dedicó á la enseñanza, que ha ejercido desde entonces sin interrupción de uno solo, con gran provecho para la sociedad. Ha publicado algunos útiles trabajos didácticos. En el concurso abierto por la Academia colombiana para la celebración del centenario del inmortal cantor de la *Zona tórrida*, Gómez obtuvo el primer premio y recibió una medalla de oro por su silva *Á la memoria de don Andrés Bello*.

Á LA MEMORIA DE DON ANDRÉS BELLO

EN SU CENTENARIO

Sobre los Andes, cuya enhiesta cumbre
Parece sostener del vasto cielo
La diáfana techumbre,
La aurora rasga de la noche el velo,
Y al esplendor de la naciente lumbre
El escudo depuesto y la celada,
Vese á Colombia levantarse altiva
En la región suprema,
Sobre sus hombros el undoso manto,

Sobre su sien augusta la diadema,
 Á su lado Bolívar, empuñando
 Pendón glorioso, espada refulgente
 Y engalanada de laurel la frente.

Pliega á sus pies ahora
 El aquilón sus alas colosales,
 Con que troncha los cedros centenarios,
 Abate en la campiña los trigales
 Y hace temblar los altos campanarios.
 Á su diestra el condor, con ojo atento
 Parece que quisiera
 Leer en su mirada el pensamiento
 Para llevarlo en sus potentes alas
 Á otras regiones á través del viento.

Detiene al fin su virginal mirada
 Sobre la extinta hoguera del combate
 Á donde el buitre, describiendo espiras
 El grave vuelo majestuoso abate.
 Duermen allí sus ínclitos guerreros
 En una misma fosa confundidos
 Con huestes impertérritas de iberos,
 Cuyos rotos aceros
 Se ven entre las yerbas esparcidos.

Ya el verde olivo sus hermosas ramas
 Allí á extender empieza,
 Y á cubrir con su sombra la maleza:
 Árbol querido tanto
 Porque creció con sangre de los héroes
 Y de la viuda con el triste llanto.

La victoria en su carro refulgente
 Ha recorrido desde el llano ardiente
 Que el Orinoco caudaloso baña,
 Hasta do rasga de la mar el seno
 Del impetuoso Plata la corriente.
 Y España, España por la vez primera
 Alzando al cielo con dolor los brazos,
 Mira á sus pies el formidable cetro
 Que rigió en otro mundo, hecho pedazos.

Mas ¿ dónde está la lira del poeta
 Que cante de la patria las victorias,
 Que cante las hazañas
 Del inmortal atleta
 Contendor del león de las Españas?
 ¿ No ha despertado al formidable trueno
 Del cañón que en el campo de batalla
 Sin cesar arrojaba de su seno
 El espanto y la muerte en la metralla?

¡ Oh genios, despertad! y el estro ardiente
 Bullirá en vuestra mente
 Si no ante el humo de feral pelea
 Donde revuelve indómito guerrero
 Amenazante acero
 Que del sol á los rayos centellea,
 Sí ante ese cielo que á Colombia cubre
 Como dosel inmenso, que engalana
 La risueña mañana
 Con sus guirnaldas de jazmín y rosas,
 Y al expirar el día
 Con millares de antorchas luminosas
 Envuelta entre vapor la noche umbría;

Ó ante los Andes, cuyas altas cumbres
De eternos hielos la corona abruma,
Y altivos se levantan
Hasta perderse entre la etérea bruma :
Los Andes, que derraman por el valle
De enormes ríos las bullentes aguas,
Y en cuyos senos arden esas fraguas
Donde forjan sus rayos las tormentas,
Do el terremoto entre el horror profundo
De su prisión, sacude las columnas
Que sostienen las bóvedas del mundo;

Ó ante el sordo rugir del Tequendama
Que atropellado por la abierta boca
Que le presenta la desnuda roca,
En honda sima su raudal derrama :
Abismo tenebroso do parece
Que hubiera el Tiempo, entre profundas breñas,
Su trono levantado
Sobre las ruinas de las altas peñas
Y las ramas del roble destrozado.

Mas escuchad el melodioso acento
Que lleva el vago viento
Desde Anahuac hasta el confín remoto
Do levanta su frente encapotada
El Aconcagua, en cuyo seno hierve
Cual del ángel caído en las entrañas
El fuego devorante y escondido
Que extinguir de los siglos el aliento
Ni las eternas nieves han podido.

¡ Oh ! ¿ quién es el cantor cuya armonía
Hace olvidar su trino en la mañana
Entre el ramaje de la selva umbría,
Á la avecilla, que la luz temprana
Del sol, saluda en grata melodía ?

El Chimborazo, á cuya helada frente
Abandonando del verjel las galas
Sube el céfiro ardiente
Á refrescar sus perfumadas alas,
Tranquilo aparta el nebuloso manto,
Y el sabio y dulce canto
Escucha enajenado de alegría,
Y levantando de sus áureos lechos
Los majestuosos ríos la cabeza,
Coronada de musgos y de helechos,
Escuchan el acento cadencioso
Que en sus agrestes márgenes resuena,
Hasta perderse por el bosque umbroso
Y entre el verdor de la campiña amena.

Mas ¿ quién consigue estremecer el mundo
Que de un polo á otro polo se dilata,
Y fuentes de oro de su seno brota
Y de sus rocas acendrada plata ?
Bello, el Moisés del colombiano suelo,
Que con el golpe de su vara de oro,
Hizo brotar de la desnuda roca
De inspiración el manantial sonoro ;
Bello, que alzando su robusto acento
Dictó las sabias leyes
Que convierten los pueblos en hermanos,

Y los redimen del odioso yugo
 Con que antes agobiaban
 Á los tristes vencidos los tiranos.
 Sí, leyes que bebió en la pura fuente
 Cuyo raudal el tiempo nunca agota,
 Y que al pie de la Cruz eternamente
 De entre las peñas del Calvario brota;

Bello, que en el crisol fundió cual oro
 El idioma del dulce Garcilaso,
 Y al mundo presentólo sin la escoria
 Con que Ignorancia deslustrado había
 Los resplandores de su antigua gloria;

Y á la dichosa juventud, sedienta
 De luz, mostró la bóveda del cielo
 Por cuya quieta inmensidad los orbes
 Tienden, sin alas, á compás su vuelo;
 Do encima de los mundos
 La nebulosa de fulgor de plata
 El arco que cobija al firmamento
 Con imponente majestad dilata;

Bello, el cantor divino
 De la fecunda zona
 Á quien hermosa, eterna primavera
 Por cada vario clima enriquecida,
 Adorna con su manto de verdura
 Y de espigas y pámpanos corona.

Sí, la zona feliz do la palmera
 Levanta hasta los cielos

Los trémulos penachos de su copa,
 Con que sus frutos providente arropa
 Como el ave amorosa á sus polluelos;
 Donde ha formado su risueña estancia,
 Bajo frescos doseles de verdura,
 La pródiga Abundancia
 Que cubre la llanura
 De muelle grama con perenne alfombra
 Por do el corcel salvaje á la espesura
 Corre veloz cual fugitiva sombra;
 Donde el toro feroz cuando anochece

Aguza el duro cuerno retorcido
 Contra el disforme tronco
 Del dinde secular, que se estremece
 Para vencer al tigre enhambrecido,
 Cuyos ardientes ojos
 Entre la sombra amenazando brillan,
 Cual dos centellas de fulgores rojos;

Bello, el cantor de la flotante cuna
 Que guardaba á Moisés en la corriente
 Que retrata la rústica cabaña
 Y de Menfis altiva y opulenta
 Los ricos prados y los muros baña;

Bello, que á la celeste poesía
 De augusta soledad habitadora,
 Que en otro tiempo del antiguo mundo
 Los prados y las selvas conmovía
 De su arpa con la música sonora,
 En vez del suelo donde sólo crece
 Del interés el destructor bejuco,

De la virgen América le ofrece
 Para formar su asilo,
 De las pampas las vastas soledades,
 El seno juvenil de las ciudades,
 El bosque umbroso y el verjel tranquilo :
 Y dócil al acento del poeta
 Tiende la Diosa plácida su vuelo
 De las hijas del sol al grato suelo,
 Y por doquier de su sandalia de oro
 Va dejando las huellas que han seguido
 Hermanos vates en sublime coro.

¡ Salve, genio inmortal, en cuya tumba
 El céfiro que zumba
 Parece repetir, cuando suspira,
 Los dulces ecos de tu acorde lira !

El tiempo que hace trizas
 De los monarcas el purpúreo manto,
 Y al suelo precipita con espanto
 Las obras del orgullo, y sus cenizas
 Esparce enfurecido
 Por las negras regiones del olvido,
 Respetará ¡ oh Patriarca ! tu memoria,
 Que ya esculpió con su buril sagrado
 En sus eternos mármoles la gloria.

El siglo que hoy expira
 De tu sepulcro silencioso al lado
 Tu báculo y tu lira
 A otro siglo naciente
 Hoy mismo ¡ oh Bello ! entrega reverente.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

(VÉASE LA PÁGINA 339 DEL TOMO I)

VIAJE Á GRECIA

Á JOSÉ RIVAS GROOT

Hacia la playa helena
 Que se dibuja en la extensión lejana,
 Bogando voy sobre la mar serena
 Á la primera luz de la mañana,

En mis brazos llevando
 De mi existencia al soberano dueño,
 Que los hermosos párpados cerrando
 Cede al influjo seductor del sueño;

Y es mi barquilla leve
 La concha azul de la deidad de Gnido,
 Que esbeltos cisnes, de color de nieve,
 Arrastran sobre el piélago dormido ;

Coro alado de amores
 En torno nuestro presuroso vuela ;
 Uno rige los cisnes voladores,
 Otro coge los rizos de la vela ;